

CASA DE DEMENTES. EL MANICOMIO DE CÁDIZ

House of the insane. the madhouse of Cádiz

Autor: Pedro Ingelmo Cruz

Periodista

E-mail: pingelmo56@gmail.com

Recibido: 20/5/2024 Revisado: 22/5/2025 Aceptado: 25/5/2025 Publicado: 1/6/2025

Resumen:

Poner voz a la locura es un desafío. Pero recordar cómo podrían vivir estas personas, en aquellos lugares, es un gesto de pura honestidad. La privacidad del juicio o del uso de la razón (según la RAE, en su primera acepción) se tilda de historias de dolor, de mensajes ocultos, de improvisaciones que el tiempo no ha borrado. Tan solo se atisba diluido tras los muros de un manicomio. Cádiz, en su larga tradición histórica, también sabe y fue testigo de ello. Lugares del pasado que ocultan la locura; espacio que todavía revelan la necesidad de seguir hablando sobre ellos.

Palabras clave: *Manicomio, Cádiz, locura, demencia.*

Cómo citar: Cruz, P. (2025). Casa de dementes. El manicomio de Cádiz. *Gaditana-logía. Estudios sobre Cádiz*, 5(8), 13-18. <http://doi.org/10.25267/Gadit.2025.v5.i8.06>

1. INTRODUCCIÓN

El 29 de mayo de 1969 unas doscientas personas, algunas de ellas enfermas mentales y otras no se sabe muy bien qué, abandonaban el almacén humano en el que habían convertido un antiguo convento de frailes capuchinos comido por la humedad del mar. Al edificio les esperaba la piqueta y su espacio sería transformado en 70 viviendas sociales y un colegio, al que llamarían Pintor Bartolomé Esteban Murillo y que hoy es el Instituto La Caleta. De su pasado religioso solo quedaría una desangelada capilla. Para sus habitantes el destino estaba a unos pocos kilómetros, en un pinar situado en la finca El Madrugador, en El Puerto de Santa María. Así finalizaba una historia de más de 80 años de una institución, dependiente de la Diputación, que tuvo varios nombres, pero que todo el mundo conocía como el manicomio de Cádiz.

La primera noticia de un establecimiento de asistencia -llamémoslo así- psiquiátrica en Cádiz data de 1640. Se hace referencia a la ermita de Santa Elena, situada en el lienzo de la muralla y que un siglo después sería transformado en un baluarte defensivo que conservaría su antiguo nombre. Funcionaba esta ermita como asilo para

religiosos ancianos y, a partir de ese año, se haría un hueco para niños abandonados y aventureros que volvían de las américa con la cabeza perdida.

La ermita fue derribada en 1651 y se buscó acomodo para los dementes en la Casa de Misericordia, lo que hoy es el abandonado edificio de Valcárcel al que nadie acaba de darle un nuevo uso y que entonces era una majestuosa obra a estrenar. Había sido encargada por la Hermandad de la Santa Caridad al arquitecto gaditano Torcuato Cayón, el último de los barrocos y el primero de los neoclásicos. En aquel Valcárcel cabía de todo porque la Misericordia cabe entenderla en un sentido amplio.

2. COMIENZA EL RELATO

Eran años de la Ilustración en la que existía una preocupación de las clases pudientes por las más desfavorecidas. Por ejemplo, muy preocupado estaba un alto funcionario municipal, Manuel González Moro, por la salud de su hermano José, al que recluyó en el hospicio en 1808 quedándose él solo con la herencia familiar. El pobre José, estando sano, estuvo como loco en Valcárcel hasta que en 1827 la junta gobernadora dictaminó que a ese hombre no le pasaba absolutamente nada y estaba totalmente cuerdo. No fue el único caso. La Casa de Misericordia servía también para quitarse problemas de encima.

Mientras José González Moro malvivía en su encierro de la misericordia de las hermanas de la Santa Caridad en Cádiz pasaban cosas que dejarían huella. Las Cortes Constituyentes de Cádiz redactaban cómo debería ser un nuevo tiempo. En ese nuevo tiempo, entre otras muchas cosas, el estamento de la Iglesia debería solidarizarse con el Estado y ceder algunas de sus múltiples propiedades para el bien común. Aquello quedó en una bonita declaración de intenciones hasta que al Gobierno llegó un liberal gaditano llamado Juan Álvarez de Mendizábal, que se lo tomó en serio. Desde entonces el apellido Mendizábal quedaría ligado para siempre a una palabra: desamortización. Entre 1836 y 1842 centenares de propiedades eclesiásticas pasaron a manos públicas y una de ellas fue el convento de Capuchinos, situado en el Campo del Sur y construido en 1641. El lugar ideal para meter a los locos. Aunque tardarían en llegar.

La Diputación había fundado en 1852 un ente que se dedicaría exclusivamente a los enfermos mentales. Esto suponía que se sacaba a estos enfermos de la Casa de la Misericordia y se les trasladaba a Santa Catalina. Aquí ya se utiliza propiamente el término manicomio. Encontramos una jerarquía y unas normas que permiten hablar de algo parecido a un hospital específico para estas personas. Habría un director, dos médicos, un practicante, un administrador con su ayudante, un portero y un ordenanza, un cocinero, dos loqueros, cuatro mozos y, que no falte, seis monjas hermanitas de la Caridad. Hay camisas de fuerza, celdas algodonadas y una separación entre los “locos furiosos” y “los idiotas”. Los castigos quedan terminantemente prohibidos.

Es un obstetra, oftalmólogo y otorrino, Cayetano del Toro, el que, siendo alcalde de Cádiz y presidente de la Diputación en los años 80 del siglo XIX, considerará que hay mejores formas de tratar a los enfermos mentales y sitúa en el antiguo convento el lugar ideal para los tratamientos de los que él habla en sus lecciones magistrales en la facultad de Medicina. Está muy influido por la figura del doctor José María Esquerdo, que acababa de abrir un psiquiátrico en Carabanchel donde los locos representaban obras dramáticas. Esquerdo abogaba por acabar con una asistencia a los locos vinculada a los hospitalares presidio “donde toda incomodidad, dolor y tortura tuvo su asiento”. Del Toro quiere montar su propio Carabanchel en Cádiz y encarga al arquitecto provincial, Amadeo Rodríguez, que diseñe una bonita fachada que contará con una hornacina reservada para una talla de -no podía ser de otro modo- San Cayetano, que es el patrón de los desempleados y de los gestores administrativos, pero sobre todo era el nombre de Cayetano del Toro. Sobre la puerta, en mármol, fue colocada una sencilla inscripción: Beneficencia Provincial. La simple palabra Beneficencia ya desdecía un poco las teorías de Esquerdo. Una vez terminada la fachada en 1889, que para los gaditanos del siglo XX sería un símbolo de la frontera que separa la cordura de la locura, ya teníamos nuevo manicomio.

3. HISTORIAS DE VIDA

El lugar estaba preparado para acoger a muchos enfermos. Su población manicomial siempre se mantuvo en torno a los 150 hombres y unas 120 mujeres. Sobre lo que ocurría tras esos muros se sabe lo justo y en ningún lugar se da cuenta de que los orates representaran obras de teatro. Sor Concepción Rodríguez, que era la responsable de las monjas que allí trabajaban, declaró en 1910 que “esto es un sepulcro en vida. En muy poco tiempo hasta la familia se olvida del loco”. A los pacientes que se encontraban en mejor estado se les llevaba a la playa de la Caleta en fila para que tomaran baños, pero se hacía a las cuatro de la mañana para que no escandalizaran a los usuarios del balneario.

Sí se sabe que, a juzgar por las numerosas fugas que se produjeron, no debía ser un lugar particularmente hospitalario. Se comentaba mucho la historia de los tres locos que saltaron las tapias y consiguieron ganar el parque Genovés tras atravesar el barrio de la Viña. Allí preguntaron a un guarda que cómo se llegaba a San Fernando y éste les dijo yo os indico por dónde se va a la estación y lo que hizo fue llevarles de vuelta a la fachada donde les esperaba San Cayetano. Pocos meses después otros seis internos tuvieron más éxito y consiguieron escapar limando los hierros de la ventana de los urinarios. Una mujer que se encontraba en la fuente pública cercana a las instalaciones dio la alarma: “¡Que se escapan los locos!” Luego fueron vistos en la carretera de San Fernando, pero, informaba Diario de Cádiz, no había que alarmarse porque “no son locos peligrosos”. Aparecieron a los pocos días tomando el sol en Canalejas. Resultó que la policía ya había hablado con ellos al poco de su fuga, pero nos sospecharon porque sus respuestas fueron muy coherentes explicando que sí que habían visto a los locos por los que preguntaban -que eran ellos- y que estaban ya lejos de allí.

Pero de todas las historias de aquellas primeras décadas del manicomio la más sonada fue la muerte en 1909 del loquero mayor del manicomio, José Lamas, de un orinalazo en la cabeza. El autor del crimen fue un tal Miguel Juan Oliver y lo sucedido fue visto y no visto. Lamas fue a abrir la celda de Oliver y éste le esperaba con el zambullo (un orinal de metal) como arma letal. Oliver fue juzgado en la Audiencia por el asesinato y su abogado esgrimió lo obvio, que Oliver estaba como una regadera, por lo que la decisión del juez fue mandarle de vuelta al manicomio.

4. POR UN FINAL SINFÍN

El material fotográfico existente sobre el manicomio de Cádiz permite deducir las transformaciones que se llevaron a cabo en sus instalaciones. Hay constancia de los trabajos del departamento de enfermería, un comedor para impedidos y la instalación de unos lavabos de piedra. En 1944 hubo unas importantes obras de reforma y en la inauguración hubo jornada de puertas abiertas. El acto corrió a cargo del presidente de la Diputación, Aquiles Pettenghi. El director médico, Eduardo Guija, contó las bondades de las terapias -que por entonces eran ricas en inyecciones de trementina- y el obispo, Tomás Gutiérrez, bendijo lo que hubiera que bendecir. Luego brindaron con vino español. Por entonces triunfaban las tesis del psiquiatra Antonio Vallejo-Nágera, también conocido como el Mengele español, cuya obra cumbre se tituló “Eugeniosia de la hispanidad y regeneración de la raza”. Con eso, nos podemos hacer una idea de cómo eran los psiquiátricos del franquismo, incluido el de Cádiz.

Por aquellos años, el residente más célebre del manicomio era el cantaor flamenco Gabriel Díaz Fernández ‘Macandé’, que ingresó en 1935 y con el que se tenía cierta bula. Macandé, que tenía la habilidad de cantar con un caramelo en la boca, se había casado con una muda y todos sus hijos le salieron mudos, lo que acabó de trastornarle, aunque de cuna no debía andar muy bien. De hecho, Macandé quiere decir en caló precisamente eso, chalado. En cierta ocasión, recibió la visita de nada menos que el matrimonio más popular de la época: Lola Flores y Manolo Caracol. Al Macandé se le dejaba salir los jueves santos para que le cantara saetas al nazareno de Santa María.

En la década de los 60 los informes internos hablan de 280 camas, todas ocupadas, una estancia media de 120 días por enfermo y un coste cama/día de 0,60. Ya en Diputación se está pensando que el suelo en Cádiz empieza a ser limitado y dedicar tan generoso espacio a unos pocos enfermos mentales cae en la categoría de derroche. El 22 de octubre de 1968 se acuerda el derribo de dos parcelas del Hospital Psiquiátrico Nuestra Señora de la Paz -su nombre oficial- que se encontraban en desuso. Allí se decide construir viviendas y, al poco tiempo, se dicen que por qué no tirarlo entero. No tardarán ni un año en desalojarlo.

En la última celebración de la Patrona que daba nombre al hospital ya se intuye cuál es su destino porque hay una celebración por todo lo alto. En el patio del antiguo convento dos becerras de la ganadería de Álvaro Domecq son toreadas por los diestros El

Chesté y El Formidable. Los reclusos vitorean sus artes con la muleta y jalean a las becerras. Luego llegan los coros y danzas de la Sección Femenina y los Majos de Cádiz ofrecen su repertorio carnavalesco. Una locura, oye. Esa noche hubo doble ración de cena.

Apéndice fotográfico

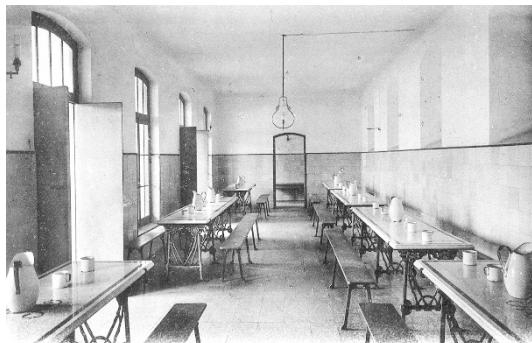
- Todas las fotos proceden de Diario de Cádiz



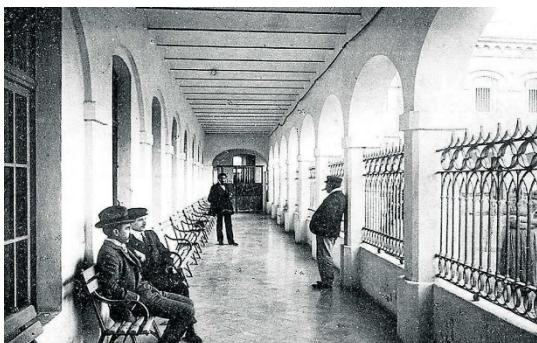
Fachada del manicomio



Patio del hospital psiquiátrico



Comedor para los reclusos



Claustro



Festejo taurino de 1968 para los asistentes